

ganizaron su escuadrilla. Sabido es que los marinos de Campeche son los mejores de la República Mejicana.

La expedición imperial llegó á las aguas de Lerma, á muy corta distancia de la ciudad de Campeche.

En el pailebot "Oñate," mandado por el Capitán Dagan, se hallaban el Coronel Traconis y el Mayor de órdenes de la "Sección." Allí estaba también el Jefe de la escuadrilla imperial Sr. Calcaño, campechano de nacimiento.

En el "Oriente" había artillería.

Las sombras de la noche cubrían con negro velo aquellos lugares antes iluminados con los vivísimos rayos del sol. Las embarcaciones imperiales se mantuvieron á la vista, y sólo se veía en sus aparejos pequeñas lucecitas, como luciérnagas esparcidas en el espacio....

Súbitamente el vigía anunció buque á proa.

El Mayor de órdenes llamó la atención del Jefe de la escuadrilla, expresándole su creencia de que aquel buque era de la escuadrilla republicana; el Capitán Calcaño no lo creyó así. El buque avanzaba con intención de apresar al "Oriente," según se supo después, lo que no pudieron conseguir los republicanos en aquel momento, porque al pasar frente al "Oriente," á muy corta distancia, el Mayor referido mandó hacer fuego.

La rapidez con que se alejó el "Navarrete," pues este era el buque que se aproximó, no permitió al "Oriente" perseguirlo. Las condiciones marinas del barco republicano eran superiores al imperial.

Pasó la noche, y al despuntar el alba, se ordenó la marcha hacia el puerto.

Quisieron las embarcaciones republicanas impedir el paso; pero no lo consiguieron, porque la escuadrilla imperial estaba protegida por los fuertes de la plaza. El desembarque, pues, se llevó á cabo.

El regreso de las tropas de la "Sección Traconis" alentó á los defensores de la plaza. Renació la confianza y otro aspecto presentó aquel lugar amenazado tan de cerca por los defensores de la República.

Permanecieron ambos contendientes muchos días en completa inacción. Ni los republicanos atacaban, ni los imperialistas hacían otra cosa que permanecer en sus murallas.

Entre tanto, Manuel Zepeda Peraza, con elementos facilitados por el General Pedro Celestino Brito y Lic. Pablo García, organizó una Sección y con ella invadió el territorio yucateco.

El Comisario Imperial, para perseguir á éste, confirió la misión al Coronel Juan Sixto Ortoll. Más adelante daré los detalles de esta persecución.

XV

Volvamos á Campeche.

El Mayor de órdenes Ignacio de la Cámara y Peón, fué comisionado para conferenciar con el Comisario Imperial.

La plaza de Campeche carecía de víveres y se hacía necesario arbitrarlos.

El Mayor se embarcó en un buque mercante y partió para Mérida; pero frente á Celestun encontró un vapor que, al mando del Capitán Gerardo Tizón, se dirigía á Campeche enviado por el Comisario Imperial; en ese mismo punto cargó víveres suficientes que llevó á la plaza sitiada. El General Espejo, no sólo repartió aquellos víveres á sus soldados, sino que mandó distribuir también una parte á las familias que sufrían por el hambre.

A poco, y por informes que recibió el Sr. Comisario Imperial, referentes al estado en que se encontraba la escuadrilla, nombró á D. Juan Simiano, Jefe de ella. El Capitán Simiano llegó á Campeche, y en el acto recibió el mando del vapor "Tabasco," que mandaba Tizón. Este se encargó de la Capitanía de puerto de Sisal, único habilitado en Yucatán, como hemos dicho ya.

Desde el momento que el nuevo Jefe de la escuadrilla imperial tomó el mando, determinó atacar á los republicanos.

Desarrolló ante el Coronel Traconis su plan de operaciones, y aceptado éste y embarcadas las fuerzas necesarias, esperó el momento oportuno.

Un día despertó Campeche oyendo á lo lejos un incesante cañoneo. Era la escuadrilla imperial que perseguía á la escuadrilla republicana.

El Jefe de ésta, valiente marino, Basilio Galindo, se encontró en la imposibilidad de defenderse. Fondeadas sus embarcaciones cerca de la playa, la baja marea las puso en condiciones tales, que sus esfuerzos fueron inútiles.

La escuadrilla republicana fué apresada.

El Capitán Galindo, vista la inutilidad de su defensa, se lanzó al agua y quiso salvarse. Fué hecho prisionero, y el Teniente Francisco Traconis, en nombre del Emperador, le prometió la vida. Esta oferta, hecha sin facultad alguna, fué respetada y cumplida.

Galindo murió después en Mérida, combatiendo al Imperio. Su viuda disfruta hasta ahora una pensión.

Entre los marinos prisioneros se encontraba Andrés Girón, el mismo que entregó á los republicanos el "Navarrete." Fué sentenciado á muerte. Girón fué con valor al patíbulo.

La victoria de la escuadrilla imperial fué celebrada en

Campeche por los imperialistas. Los republicanos, con este motivo, lejos de amedrentarse, cobraron más ánimo y redoblaron sus esfuerzos para triunfar en la pelea.

En los momentos en que se obtenía en las aguas de Campeche un triunfo, quitando á los republicanos uno de sus mejores elementos, las tropas de Zepeda Peraza eran derrotadas por el Coronel imperialista Juan Sixto Ortoll, quien, ciego con la victoria, avanzó hacia el interior del Estado de Campeche, casi en desorden; visto esto por el Jefe derrotado, se rehizo, y batiendo á las tropas victoriosas, volvió Juan Sixto Ortoll á Mérida en completa derrota. Un Consejo de guerra lo juzgó y lo puso en segura prisión.

Entonces Zepeda Peraza amenazó á la Capital de Yucatán.

El Comisario Imperial, amagado, llamó en su auxilio al Coronel Traconis. Al salir éste de aquella ciudad, quedaron las tropas y la escuadrilla al mando respectivamente de los Jefes Simiano y Espejo.

La expedición llegó á Sisal. En el muelle se hallaban numerosas familias que presenciaban el desembarque de las tropas. Los Jefes y oficiales, cumpliendo con sus deberes, vigilaban esa operación.

Al día siguiente del desembarque, el Coronel Traconis emprendió su marcha hacia Mérida, dejando en la guarnición de Sisal al Teniente Agustín Medina con veinticinco hombres.

Al llegar á Mérida, Traconis dirigió al pueblo yucateco una proclama, ofreciendo en ella defender al Imperio hasta el último momento de su existencia.

El Comisario Imperial Sr. Salazar Ilarregui salió á recibir á la "Sección Traconis" hasta la plaza del Suburbio de Santiago. Allí saludó á las tropas.

XVI

El Teniente Agustín Medina, que llegó á figurar como General revolucionario en el Estado de Veracruz, se pronunció en Sisal.

La noticia del pronunciamiento llegó á Mérida, y el Coronel Traconis recibió la orden para salir en persecución de aquel oficial defecionado.

Seoane, natural de Puebla, que se tituló Capitán en ese pronunciamiento, fué el único que cayó prisionero y sentenciado á muerte por Traconis, quien dió la orden de que se le fusilara.

El Mayor de órdenes Ignacio de la Cámara y Peón, fué el que se interesó por la vida de Seoane; y el último recurso de que se valió para salvarlo, fué el recuerdo que le hizo, según afirmó el mismo Cámara, de que en los momentos de formarse el cuadro para fusilar á Traconis, que fué hecho prisionero en la Merced, sirviendo á las huestes republicanas en 1858, fué salvado de la muerte debido al empeño que su familia desplegó en su favor.

Seoane fué salvado de la muerte, pero encerrado en las prisiones.

Medina y socios abandonaron Sisal y tomaron el rumbo de la costa; atravesaron un río y se incorporaron á Zepeda Peraza en Uman, á corta distancia de la Capital.

El pronunciamiento de Medina importó un grave acontecimiento, y así lo comprendieron los Jefes imperialistas, que en vista de esos movimientos tan inesperados, se desconfiaban mutuamente.

Vueltas á Mérida las tropas de la "Sección Traconis;" aumentadas con las de Padilla, Vicente Ríos y Gerardo Va-

lle, Jefes que habían figurado en la guerra de castas, se organizó convenientemente, y nombrado segundo en Jefe el Coronel Manzo, salió la "Sección" de Mérida á buscar á los liberales que en distintas secciones recorrían una parte del Estado, engrosando sus filas.

Al aproximarse á los republicanos, el segundo en Jefe Manzo mandó levantar sobre el camino una trinchera. En ella se parapetó pie á tierra.

La retaguardia de la columna la cubría Valle, á pecho descubierto.

El Mayor de órdenes, con una compañía del "Ligero Permanente" á las órdenes del Capitán Rafael Quijano y dos piezas de montaña á las de un Teniente, cubrió el centro.

Las tropas de Padilla fueron rechazadas por completo y se retiraron en dispersión, seguidas por una columna de republicanos al mando del *Chelo* Muñoz.

Las tropas de Padilla buscaban el centro, y para evitar que el *Chelo* avanzara, se cubrió el centro con aquellas fuerzas que venían en dispersión, en los momentos en que también se auxiliaba á Valle que lo atacaron los republicanos con valor decidido.

El *Chelo* se retiró á su campamento.

Los soldados imperialistas se cansaban y fatigaban, faltos de agua para tomar.

Una pipa de aguardiente, repartida entre ellos, calmó un tanto la sed que los devoraba.

En la trinchera levantada por el segundo en Jefe, murió el Teniente Agustín Servian, que alentaba á sus tropas con frases sencillas, pero llenas de entusiasmo.

A poco fueron rechazados Traconis y Padilla por Manuel Zepeda Peraza, y se retiraron al centro.

El Capitán Asunción Serrano no permitió la entrada

al Centro al Jefe Matías Cámara, que quiso penetrar rápidamente.

Después de varios golpes dirigidos á los imperialistas, que los hizo resentirse en gran manera, y concluido el ataque y cesado los fuegos de ambos contendientes, Traconis reunió á los Jefes de las fuerzas en campo raso y formó consejo. Verificado éste, y después de haberse oído opiniones distintas sobre si se debía levantar el campo ó permanecer en él, se acordó esto último.

Resuelto el Coronel Traconis á permanecer en aquella situación, dió parte al Comisario Imperial de todo lo ocurrido, comisionando al efecto al Teniente Coronel Carlos Moreno, quien partió para la Capital, llevándose el resto de sus tropas, y como le faltase tiempo para llegar, ya entrada la noche, pernoctó en la hacienda Kanchakán.

Manuel Zepeda Peraza, dejando una pequeña fuerza en Mukuiché, tomó el camino de Kanchakán en donde pernoctaba Moreno, sin conocer el peligro en que se encontraba. Cuando los centinelas colocados en las alturas dieron el aviso que tropas numerosas avanzaban, los de Moreno salieron en precipitada fuga y éste se salvó debido á que oportunamente montó en un magnífico caballo que listo estaba.

Siempre cayeron algunos prisioneros y quedaron en la finca algunos muertos de los sorprendidos.

Manuel Zepeda Peraza, era, sin disputa, un Jefe inteligente, y dió pruebas de su habilidad militar en el curso de la campaña emprendida en la Península para derrocar al Imperio.

Después de todos estos triunfos, Zepeda resolvió la ocupación de Mérida: organizó sus tropas, y burlando á los sitiadores de Mukuiché, que suponían, aún ocupaba la hacienda, emprendió un movimiento rápido y cayó sobre la capital, logrando entrar á la plaza que estaba de-

fendida por soldados del comercio y del batallón de Artesanos.

Ocupadas las alturas de Catedral por jóvenes á las órdenes de D. Arturo Peón y Peón, no supieron aprovechar las ventajas de la posición.

Las tropas republicanas ocuparon por una noche el Palacio de Gobierno y la Cárcel pública. Dieron libertad á algunos presos políticos y se retiraron, no sin intentar tomar el Comisariato Imperial, que hubieran tomado sin gran esfuerzo, pues aunque en la trinchera de la entrada principal había una pieza de artillería, ésta carecía de parque. Cuando el Comisario Imperial, exponiéndose irreflexivamente á los peligros de la guerra, le dijo al oficial de artillería que hiciera fuego, éste le dijo:—"Señor, no tengo parque, porque el señor Comandante Militar me ordenó que lo retirara al Palacio."

El parque, como debe suponerse, pasó á poder de los republicanos que ocuparon el Palacio é hicieron en él un minucioso registro.

Entre los presos que obtuvieron su libertad estaban Basilio Galindo y Miguel Espadas Guerra.

Después de este ataque de los republicanos, ataque en que reveló dotes militares el Coronel Zepeda Peraza, se retiró rumbo á Campeche sin ser perseguido, pues ni para guarnecer la plaza de Mérida había tropas suficientes.

Entonces Salazar Ilarregui llamó á Traconis, y éste, saliendo de Mukuiché con algunas fuerzas, dió un paseo hasta Mérida, y regresó á tomar sol y agua en el escampado campamento referido.

Así transcurrieron muchos días.

Ni los republicanos salían de los muros de la hacienda, ni los imperialistas atacaban.

Empezó á sentirse el cansancio y el fastidio más hon-

damente, llegando á creer los Jefes subalternos que Traconis, con aquella su conducta, mantenía relaciones con los liberales.

En vista de esta situación desesperante é interminable en que se encontraban los imperialistas y de la creencia que tenía el Comisario de que había cobardía en no intentar el asalto, éste ordenó al Coronel Traconis que á todo trance tomara la hacienda y se le enviaron dos Jefes de empuje: el Teniente Coronel Villafaña y Felipe de Jesús Imán, quienes se presentaron en el campamento.

Traconis llamó á los Jefes de las tropas. Les comunicó las órdenes que había recibido. Lo que aconteció no se sabe. Lo cierto es que el ataque no se efectuó.

Se resolvió levantar el campo y destruir los objetos que no podían salvarse.

Para hacer la retirada de Mukuiché, fué preciso destruir los árboles de la finca y los plantíos de henequén, por donde había de pasar la artillería de montaña.

En el curso de esta historia se ha visto figurar al Sr. Vicente Ríos, quien quedó, por orden del Jefe imperial, guarneciendo á Muna. En este punto fué atacado por los republicanos, derrotado y muerto, después de haber sostenido una lucha vigorosa.

La derrota de Ríos se hacía recaer en el público sobre Traconis, quien contando con fuerzas suficientes en la hacienda Uayalceh, no procuró auxiliarlo.

XVII

Entretanto, en Mérida, se acumulaban en la ciudadela toda clase de recursos y pertrechos de guerra, para el caso de un sitio en debida forma, como en efecto aconteció.

La ciudadela, después de un mes de constantes afanes del Proveedor general, D. Lorenzo Peón, se vió en ella cereales en abundancia, ganado mayor, pólvora, plomo, metralas y balas rasas de todos calibres, cápsulas y cartuchos preparados que llenaban por completo los extensos salones de los destruidos templos de la época de los frailes que habitaban ese convento antiguo, que era, con sus grandes y gruesas murallas, una fortaleza inexpugnable.

La ciudad, perfectamente artillada y atrincherada con fortificaciones construidas *ad hoc* por ingenieros distinguidos, parecía que los republicanos, al llegar y pretender entrar, se estrellarían ante ellas y se les haría imposible penetrar, por más que su empuje, valor y decisión fueran grandiosos.

Habiendo sido continuadas las derrotas sufridas por los imperialistas, se preocupó hondamente el Comisario Imperial, y sin desconfiar del Coronel Traconis, nombró al General Felipe Navarrete, Jefe superior de las armas imperiales.

Las cosas se pusieron de tal modo difíciles, que de un momento á otro se esperaba á los republicanos, que sin duda pondrían un sitio riguroso. El comercio, la agricultura y todo lo que pudiera constituir la vida y movimiento progresivo del Estado, quedó paralizado, y la miseria se hacía sentir en los pequeños centros de las ciudades y pueblos que á cada momento sufrían las invasiones, ya de las tropas del gobierno imperial, ya las de los republicanos que peleaban por el establecimiento de la libertad y de la Independencia Nacional.

Muchas personas fueron expulsadas por creerlas complicadas en los planes de los republicanos. Entre éstas recuerdo al Sr. D. Luis Gómez, padre del inolvidable abogado Luis Gómez.

La plaza de Mérida fué, pues, sitiada, el día 22 de Abril de 1867.

El Coronel Francisco Cantón se hallaba en los pueblos de Oriente organizando tropas, las cuales, después de reunidas, hizo su entrada con ellas á la capital para auxiliar al Comisario Imperial que estaba próximo á sucumbir. Un escritor yucateco, al hablar de esta entrada del Sr. Coronel Cantón, se expresa así:

"Hace treinta años justos, esta muy noble y leal ciudad de los Montejos era teatro sangriento de todos los horrores de la guerra. Mérida, el último baluarte del Imperio entre nosotros, estaba estrechamente sitiado por las huestes republicanas acaudilladas por el heroico General Zepeda. Este, después de vencer en cien combates á los imperialistas; después de una serie no interrumpida de gloriosas hazañas; después de pasear triunfante por todos los ámbitos de la tierra yucateca el hermoso pabellón de la República, se había presentado, por fin, el 22 de Abril de 1867, ante las formidables fortificaciones de esta plaza, la que no hubo de rendirse sino el 15 de Junio, esto es, después de 55 días de sitio, durante los cuales se libraron á diario las más encarnizadas refriegas, en que siempre coronó la victoria á la enseña liberal.

Pero ninguna jornada fué más cruenta, ni más terrible y luctuosa, que la del memorable día 4 de Junio, en que los imperialistas lucharon con desesperación por romper el sitio, corriendo á torrentes la sangre yucateca, quedando el campo de batalla sembrado de cadáveres, y perdiendo uno y otro bando á sus más valientes y ameritados Jefes.

Sucedió, que mientras las fuerzas todas del General Zepeda operaban ya sobre Mérida, el Jefe imperialista D. Francisco Cantón levantó en el Oriente y Sur del Estado las tropas que guarnecían la línea fronteriza á los in-

dios rebeldes, que eran entonces mucho más numerosos y aguerridos que hoy día. Tomando en consideración esto, el General Zepeda no había querido que llegara hasta dicha frontera ni siquiera el eco de la revolución, evitando así que los bárbaros, alentados por nuestra intestina discordia, se precipitasen una vez más sobre nosotros, cual furiosa avalancha, y se repitiesen los horribles episodios del 47.

Sin embargo, lo repetimos, el Sr. Cantón levantó 600 hombres de la guarnición referida, y con ellos se presentó en Mérida en auxilio de los sitiados, el día 4 de Junio mencionado.

Las fuerzas de D. Francisco Cantón penetraron por el arrabal de San Cristóbal, y protegidos por los sitiados, que desde la aproximación de aquellas tropas, rompieron sus fuegos sobre todos los atrincheramientos de los republicanos, lograron forzar la línea y abrirse paso á sangre y fuego entre los sitiadores, no obstante la formidable resistencia de éstos, consiguiendo, por fin, llegar hasta la ciudadela de San Benito, aunque lastimosamente diezmadas, y después de perder á sus Jefes más denodados, D. Feliciano Padilla y D. Gerardo Valle.

No bien habían llegado á dicha fortaleza, cuando volvieron á salir al combate, bien reforzadas, y reunidas con lo más granado y florido de las fuerzas imperiales, entre las que había un bien disciplinado batallón de línea, resueltas á librar batalla definitiva, rompiendo el sitio de Mérida y dispersar á los republicanos.

Precipitáronse con tal arrojo y bravura las columnas imperiales, que, al primer empuje, los sitiadores tuvieron que ceder el terreno al mayor número de los contrarios, y sobre todo, por haber perdido á su valiente Jefe el Coronel D. Norberto Pacheco.

Reemplazado inmediatamente éste por el heroico Co-

ronel Galindo (que en aquella cruzada contra el Imperio se hizo célebre por su valor y pericia), las fuerzas liberales habían logrado rechazar al enemigo y estaban próximas ya á alcanzar decisiva victoria, cuando una bala traidora tendió mortalmente herido al bizarro Coronel (que el día siguiente era cadáver).

Esta irreparable pérdida, esta fatalidad nunca bien lamentada, desconcertó súbitamente á los valientes soldados de la República, que un momento desmayaron y cedían de nuevo el campo á los desesperados asaltantes.

Un nuevo Jefe, el Coronel Chambó, se puso en sustitución de Galindo, al frente de las fuerzas liberales; mas no pudo conseguir ventaja alguna sobre los imperiales, que estaban ya á punto de llevarse el triunfo.

De súbito, en aquellos angustiosos momentos, midiendo el peligro en que nuestra causa se ponía, vuela el General Zepeda en persona, para dirigir él mismo el combate; y por fin, este experto caudillo dispone la carga con tal estrategia y maestría, que, á poco, el enemigo, desistiendo de su esforzada intentona, vuelve las espaldas diezmado y en completa derrota, para encerrarse de nuevo en sus atrincheramientos.

El teatro de aquella memorable función de armas fué el campamento de San Cristóbal, tomando parte en la sangrienta jornada casi todas las fuerzas del Imperio y la mayor parte de la división republicana. Además de los Jefes ya dichos, se cubrieron de gloria en la reñida lid, los Jefes liberales D. Manuel Fuentes y D. Anastasio Manzanilla.

Por supuesto, que aquel refuerzo traído por D. Francisco Cantón á la plaza sitiada, no favoreció en nada á la causa del agonizante Imperio. Al contrario, puede decirse que agravó su situación y contribuyó á acelerar la rendición de Mérida. Dada la escasez de municiones de gue-

rra y de boca, que dejaba ya sentir sus estragos entre los imperiales, aquellas seiscientas bocas más, no hicieron otra cosa que cooperar eficazmente al triunfo de los republicanos. Así fué que, como ya dijimos, el 15 de Junio los liberales entraron ya victoriosos en esta Capital, la cual mostraba por todas partes la desolación y la ruina, gracias á la temeraria defensa de los traidores á la patria."

XVIII

El Comandante Cámara Peón, deseando proporcionar armamento y municiones, que ya escaseaban á los imperialistas, y aprovechando el paso por el puerto del vapor "Ciudad de París," se embarcó para Veracruz, llevando una carta autógrafa del Comisario Imperial.

La guarnición del puerto estaba á las órdenes de Alejo López, y como segundo en Jefe el Comandante Ramírez, llamado el *Chato*, á quien se acusó más tarde de haber traicionado al Imperio, muriendo después fusilado en la ciudad de Motul, en un movimiento revolucionario.

Mientras tenían lugar diversos sucesos que complicaban la situación, el Coronel Manuel Zepeda Peraza completaba el cerco de Mérida y ordenó la toma de Sisal, de donde tomaría artillería que necesitaba para activar sus operaciones.

Volvió el comisionado Cámara de Veracruz, sin traer lo que fué á buscar, pues Veracruz, lo mismo que casi todos los Estados de la República, pugnaban por derrocar al Imperio, y para el efecto, necesitábanse elementos de guerra en abundancia.

XIX

La plaza de Mérida seguía defendiéndose, y los liberales engrosando sus filas; podía calcularse que habían alcanzado el número de cinco ó seis mil hombres bien armados, que sitiaban la ciudad y practicaban á diario horadaciones en las casas, avanzando así paso á paso hasta el centro de la ciudad, pero de una manera firme y segura.

Campeche, con su escasa guarnición, merced á sus murallas, se sostenía todavía.

Antes de hacer su entrada el Coronel D. Francisco Cantón, de la cual he hecho ya una relación detallada, situado en Izamal, amenazaba á Zepeda, sitiador de Mérida. Este salió para Izamal, y allí hubo un encuentro entre ambas fuerzas, y asegurábase entonces que el Jefe republicano Zepeda Peraza fué rechazado, aunque en dicha acción falleció Padilla, el más bravo campeón de los imperialistas.

En esa acción fué hecho prisionero el Lic. D. Guadalupe Martín Rosado, partidario del Imperio, quien sin carácter militar, seguía á las tropas imperiales.

En estos días de constante lucha, se recibió la noticia de la toma de Querétaro, noticia que circuló más entre los liberales que entre los que guarnecían la plaza y sostenían al Imperio.

Se decía que ni el Comisario Imperial tuvo conocimiento, por cuya razón continuaba sosteniendo al Gobierno destronado.

Campeche fué ocupado por los republicanos; pero antes de esta toma, el Comandante de la escuadrilla, Sr. Juan Simiano, abandonó el puerto y se dirigió á las aguas de

Sisal y de este punto á la Habana. Esta conducta dió motivo á que se sospechara de haber entrado en arreglos con los republicanos.

Entre los prisioneros que los republicanos hicieron, figuraban el General D. Juan Espejo, y el Lic. D. Nicolás Dorantes. D. Pablo García fungía como Gobernador del Estado. Estos prisioneros que he mencionado fueron fusilados en Calkiní en unión del Sr. Ponce que fungió en el Carmen como Prefecto Imperial.

XX

Siguiendo el curso de los acontecimientos en Yucatán, manifestaré: que D. Eduardo González Arévalo, que gozaba de una gran reputación como hombre de valor por haber sostenido el Imperio en San Juan Bautista de Tabasco, llegó al campamento liberal y ofreció sus servicios al Coronel Zepeda. Este, después de haberlo aceptado, consintió en llevar á término un proyecto que tenía Arévalo de asaltar los atrincheramientos del Comisariato, lo que verificado sin éxito, dió por resultado la muerte de dicho Arévalo, á veinte pasos de una trinchera imperialista, con una bandera empuñada.

El sitio de Mérida se hacía cada día más penoso. Las familias que no abandonaron sus casas, carecían de los elementos más principales para subsistir.

El comercio cerrado por completo. En la ciudadela se habían acabado todos los víveres almacenados. El parque y todos los pertrechos de guerra consumidos.

Una fuerza extranjera que como auxiliadora estaba en la ciudadela, comía perros á diario.

Cepeda Peraza comprendió todo esto y pensó que pa-